

Hasta la contemplación de la Iglesia como Reino de Dios según vimos en la lección No. 3, se nos podría antojar esta realidad y misterio como algo, si dependiente de Dios, hechura de Dios, pero ajeno a El, distante de El, sin más relación con El que aquélla como efecto. Pero no es así, sino que por el contrario quiso el Señor Dios Padre en su infinita bondad y misericordia establecer entre Creador y criaturas una unión íntima por medio de su Iglesia, íntima hasta el punto del misterio. Es a esta relación tan estrecha a la que se debe la doctrina de San Pablo acerca del "Cuerpo Místico de Cristo".

La palabra "místico" es lo mismo que "misterioso" y con ella quiere significar el Apóstol lo que ya sabemos: que esta unión tan íntima queda dentro de lo que está más allá de nuestra capacidad de comprensión de suerte que sólo que a Dios place darnoslo a conocer lo hemos llegado a saber.

Por otra parte, este misterio forma uno sólo con todo el Misterio de la Salvación es parte de la realidad salvífica que opera en la Obra Redentora de la Trinidad Santísima: (Jn.14,23) "Si alguno me ama, guardará mi Palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él."

Veamos, según nos descubre San Pablo, cómo ocurre esta íntima unión entre Creador y criatura que llamamos "Cuerpo Místico":

Por las circunstancias que mediaron en su conversión, para el Apóstol la contemplación del Cuerpo Místico de Cristo y su profunda realidad ocurrió en el preciso momento de su conversión al caer del caballo (tanto físicamente del caballo que lo llevaba, como moral y espiritualmente del caballo de la soberbia y tozudez) para quedar tendido en tierra y deslumbrado por la visión y la voz de Cristo en el camino de Damasco: (Hch.9,3-5) Sucedió que yendo de camino, cuando estaba cerca de Damasco, de repente le rodeó una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" El respondió: "¿Quién eres, Señor?" Y El: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues"

Saulo entendió bien en ese momento la unión íntima que existía entre Jesús y sus discípulos: El no había dicho "por qué los persigues? o ¿por qué me persigues en las personas de mis discípulos?, sino simplemente ¿por qué me persigues? dando a entender que la persecución era directa en su contra como cosa personal.

Nunca perdió de vista el Apóstol esta realidad, antes hubo de meditar mucho sobre ella, de suerte que llegó a establecer profunda doctrina al respecto.

Ante todo hemos de considerar que existen dos campos de unión entre el cristiano y Cristo: el uno personal, y el otro comunita

rio. La segunda unión no se dará nunca antes que la primera, pero ésta sólo se desarrollará y perfeccionará cuando ocurra aquélla, de suerte que ambas, coincidentes, perfeccionarán al hombre. 4/2

De este modo, el mismo San Pablo se ocupa de hablarnos e instruirnos acerca de ambas:

Para San Pablo el cristiano es un hombre nuevo edificado sobre las ruinas del hombre viejo, del hombre pecador. Es algo en paralelismo con Cristo, el Nuevo Adán que vino a reparar sobreabundantemente los estragos causados por la caída del primero. Todos hemos muerto en Adán, pero todos también hemos de resucitar en Cristo (1 Cor.15); todos por la desobediencia de Adán fuimos pecadores, pero todos por la obediencia de Cristo podemos ser justificados.

Así la participación en la salvación ha de tener como consecuencia la crucifixión del "hombre viejo", la destrucción de todo lo que en nosotros se asemeje al Adán caído, del hombre en todo lo que sea entrega al pecado; esta muerte del "hombre viejo" dará lugar al "hombre nuevo" semejante al segundo Adán, al Adán inocente, Cristo Jesús. Es pues una transformación en dos tiempos: (Col. 3;9-10): "Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto según imagen de su Creador..." describe así el primer paso.

(Ef.4,22-24) El segundo paso lo describe así: "Despojaos, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad."

En definitiva, el hombre nuevo no es sino Cristo, del que nos revestimos en el bautismo para la completa sumisión a su divina influencia, en una mutación tan completa que surge la nueva criatura que nos hará exclamar junto con él: (Gal.2,19-20) "Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no yo, sino que Cristo es quien vive en mí."

Se ha producido una regeneración, una renovación en el Espíritu Santo, que conduce a la progresiva formación de Cristo en el cristiano por una especie de parto espiritual, aquél que anunció el mismo Jesús a Nicodemo (Jn.3,3-6) "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios. Dícele Nicodemo: "¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?" Respondió Jesús: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu."

La deuda del pecado ha sido saldada; el cristiano ha sido rescatado a precio muy caro: por la Sangre de Jesucristo.



Como diría San Pablo en sus cartas: "Vaya nuestro saludo amoroso a nuestros hermanos, los santos de la Iglesia que está en Zaire, y a su pastor misionero, el R. P. Pedro Gasparotto, de cuya solicitud tuvimos también parte la Iglesia de México.

LA UNION CON CRISTO:

Por la fe y el bautismo el cristiano entra en la unión íntima con Cristo: (1 Cor.1,9) "Pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la unión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro." 4/4

Esta unión lleva consigo una participación en sus sufrimientos, en espera de la participación de su gloria; todo esto viene de que hemos sido transformados en verdaderos hijos de Dios y coherederos de Jesucristo como hermanos suyos: Rom.8,16-17) "El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con El, para ser también con El glorificados."

No se trata de una transformación pasajera, sino de una comunidad de vida que no debería romperse nunca por el pecado: por el pecado nuestro, personal, única causa de que pudiéramos volver a separarnos de Cristo.

Lo primero que sucede entonces es que el cristiano ya no se pertenece así mismo. Pablo se proclama servidor y esclavo de Jesucristo, afirmando que también los fieles lo son: (Rom.1,1) "Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios..." (Fil.1,1) "Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los santos en Cristo Jesús, que están en Filipos, con los episcopos y diáconos..." ¡Dos saludos y dos proclamaciones de su servidumbre a Cristo!

Pablo ha experimentado de una manera privilegiada esta participación en la vida de Cristo; y detalla su afirmación: abundan en él los sufrimientos y las consolaciones: (2 Cor.1,5) "Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación."

En Cristo halla su fortaleza cuando la debilidad propia lo aqueja; más aún, dice, gracias a sus propias flaquezas, gracias a que ellas existen, puede gozar de la fuerza de Cristo, en el cual se gloria: (2 Cor.12,7-10) "Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por ese motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero El me dijo: 'Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza.' Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte."

Es tal el amor y unión que experimenta por Cristo, que ansía glorificarle, con su vida o con su muerte: (Fl.1,20-24) "Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Pero si el



"Saulo, Saulo: ¿por qué me persigues?" – "¿Quién eres, Señor?" – "Yo soy Jesús, a quien tú persigues." El que persigue a la Iglesia en sus miembros, persigue al mismo Cristo, porque son con El un solo Cuerpo Místico según (Lc, 9,4-5)

vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué es coger... Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; más, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros."

Aquí aparece, además el ansia de más y más unión personal con Cristo, el efecto de la unión con los hermanos: le aflige que no llegue aún la confirmación eterna de estar con Jesús, pero le inquieta abandonar a la comunidad.

Ese es el otro campo donde se realiza la unión: ¡los hermanos! El Apóstol también desarrolló este sentido de unidad al máximo, y lo hizo vida en sí. Mucho le dolió en su vida haber perseguido a los cristianos y fué para él mancha inborrable que le hizo humillarse profundamente, aunque le atenuaba un tanto pensar al menos que nunca obró de mala fe: (1 Cor.15,9-10)"Pues yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios. Más, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo."

San Pablo en su vida de converso es ejemplo de cómo ha de ser el apóstol en su relación con la comunidad de la Iglesia. Ya hemos visto en el párrafo anterior cómo se declara sin miramientos como el que más ha trabajado y que "la gracia de Dios no ha sido estéril en mí", porque Dios derrama siempre abundantes gracias a todos los miembros de la Iglesia para que entiendan la función y la esencia comunitaria de la Iglesia y así se pongan al servicio de ella y de sus miembros, pero pocos son los que aceptan.

Muy especialmente es necesaria la virtud de la humildad para construir en el cristiano el apostolado auténtico de manera que llegue a ser útil para la comunidad, y desde luego, la humildad es necesarísima para que exista la verdadera caridad entre todos los cristianos: (Fl.2,1-4) "Por tanto, yo os pido por el estímulo del vivir en Cristo, por el consuelo del amor, por la comunión en el Espíritu, por la entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás."

¡Cuánta doctrina de vida comunitaria encierran estas pocas líneas! ¡Cuánto avanzaríamos y maduraríamos en nuestra vida apostólica si fuéramos capaces de hacer vida en nosotros esta doctrina!

Solamente sobre estos cimientos es posible edificar toda la magnificencia del auténtico cristiano; sin estas virtudes jamás podrá existir vida de Iglesia. Es que el verdadero cristiano tiene que vivir en actitud de servicio, de sumisión, de entrega.

La palabra "Ecclesia", "Iglesia", tiene para San Pablo a través del tiempo tres conceptos diferentes cada vez más amplios:

* Primero es la comunidad de Jerusalén, dado que Jerusalén conserva aún aquel sentido judaico centralista, derivado del único templo de Yahve. Del mismo modo que la "diáspora" de todos aquellos judíos que habitaban en el extranjero veía la Ciudad Santa como el centro sacrificial y cultural, los primeros cristianos la veían también como el centro de la cristiandad por el hecho de haber ocurrido en ella los acontecimientos preponderantes de la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor. De aquí que para los primeros cristianos todo girara a su derredor.

* Más tarde, la multiplicación de los cristianos fuera de Jerusalén hace pensar en la necesidad de buscar una independencia de la idea de la Ciudad Santa-Centro: el nuevo culto el Sacrificio Eucarístico de Cristo y la doctrina del mismo Señor en el Sentido de que Dios habrá de ser adorado donde quiera "en espíritu y en verdad" (Jn.4,23) abren a la idea de las Iglesias locales y así el Apóstol se dirige a cada una de ellas por su nombre.

* Finalmente, aparece la idea de la Iglesia universal, la única que a la vez se encarna en cada una de las Iglesias locales y, conservando su unidad, muestra su diversidad.

De esta diversidad pasa al símil de la Iglesia-Cuerpo de Cristo, perfecta semejanza en que Jesús es la Cabeza y nosotros somos sus miembros, cada uno con una función y un modo propio, pero todos unidos en un sólo Cuerpo misterioso, porque el mismo Jesús, siendo la Cabeza, es parte integrante del Cuerpo. (Col.1,18)

Es un trabazón íntima e indestructible; cada uno de nosotros nos hemos unido a Cristo por el bautismo y la entrega total hasta ser uno con Cristo; pero al mismo tiempo Cristo nos ha unido entre nosotros, pues forzosamente estamos unidos entre nosotros si cada uno lo está con Cristo.

Y añade para ilustrarnos sobre esa unidad. (1 Cor.12,12)"Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo."

Ya no hay distinción, como en la Antigua Alianza, ni la redención está reservada a un solo pueblo: (1 Cor.12,13)"Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu."

Más adelante nos alecciona en que, no importa la función que cada uno tenga, todos somos el Cuerpo, cada cual con una función pero todas las funciones necesarias, de modo que nadie puede decir que sólo es necesario o que no necesita de los demás. Tampoco hay quien pueda decir que no le importa alguno de sus miembros, antes al contrario, si alguno le duele, los demás lo cuidan.

Y habla del especial cuidado que merecen los miembros más débiles, y del honor que rendimos a los más viles, y de la atención que damos a los más vergonzosos: (Cor.12,24-26) "...Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo."

Así pasa San Pablo luego a distinguir las funciones dentro de la Iglesia: (1 Cor.13,27-30) "Ahora bien, vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, el poder de los milagros; luego, el don de las curaciones, de la asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? ¿Todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos?"

Pero todos estos carismas se nos han dado en función de servicio, a fin de que todos seamos para todos útiles.

Más aún, debemos sentirnos unidos con los hermanos en lo más íntimo de ellos: en sus sentimientos hasta ser uno en esto también: (Rom.12-15-15) "Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir los unos para con los otros"

RESUMIENDO:

El Reino de Dios impone la necesidad de la unión entre nosotros. La unión entre nosotros comienza por la unión con Cristo. La unión con Cristo y entre nosotros constituye una trabazón tan completa que sólo el pecado puede alejarnos de El y de ellos. San Pablo trae el símil del cuerpo para ejemplificar esa unión. Ese es el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia una y diversa. Local y Universal. La misma para todos sin distinción. Cristo es la Cabeza y nosotros los miembros, pero un solo Cuerpo.

REFLEXIONES PERSONALES:

¿Me he sentido realmente miembro de la Iglesia como San Pablo?
¿Tengo a todos mis hermanos como iguales entre sí, iguales para mí?
¿He estudiado las facultades que Dios me dió para sentirme útil?
¿Sé sentir el dolor y la alegría de los demás y acompañarlos?

RESOLUCION: Trataré de meditar profundamente sobre la Iglesia Universal, descubrir sus riquezas y posibilidades, abrirme a todos, ser uno con todos, honrar a todos, respetar a todos, mirar por todos, y si encuentro a alguno fuera de la Iglesia, sentirme responsable de que aún no participe del Cuerpo Místico de Cristo.